



Maurice BEJART, Francia, 1972

Coreógrafo, director y personalidad relevante de la danza del siglo XX, nació en Marsella, Francia, en 1927. Primero fue bailarín, y más tarde coreógrafo y director de su propia compañía.

La palabra Teatro es para mí un sinónimo de Unión.

Mucho se ha hablado de esta unión, de esta comunión entre el actor y el espectador y, en el curso de las últimas décadas, uno de los mayores problemas del hombre de teatro ha sido la necesidad de hacer desaparecer esta barrera, esta zanja, esta rampa real o síquica que separa al que mira del que es mirado.

¿Qué actor no ha sufrido profundamente algún día este racismo que aísla al hombre sentado en la oscuridad, con sus ropas cotidianas, de él, disfrazado e inundado de luz? ¿Cómo abolir eso, cómo hallar, cómo realizar esta unión?

Creo que la solución del problema está en otra parte.

Un día de aflicción, en el cual toda la humanidad me parecía lejana y hostil, un amigo a quien me confiaba me dijo: "¿Cómo quiere usted estar en paz con los otros, cuando no está en paz consigo mismo?"

¿Cómo logrará, pues, el actor esta unión con el público, si él antes no descubre la unidad de las diferentes partidas de *du der*? Fusión íntima del corazón y del cuerpo, de la cabeza y los músculos, lenguaje total donde de la mano es signo, donde el torso danza y la palabra permanece como uno de los componentes de esta orquesta completa que es el ser humano. Actor cuyo pensamiento está en la punta del pie y cuyo aliento pasa por la columna vertebral, cuyas cuerdas vocales se han vuelto arpa al servicio de un cuerpo entero que no conoce el desgarramiento.

A comienzos del siglo, Sergio Diaghilev, cuyo centenario conmemoramos actualmente, agitaba el mundo del teatro presentando obras que reunían el mayor número de pintores, escritores, coreógrafos, compositores, en una obra común. Después de él, todos hemos buscado ese famoso teatro total donde el canto prolonga la danza, donde la escultura rivaliza con las artes cinéticas, donde toda la gama de los medios técnicos actuales se despliega en un gran espectáculo.

¿No estaremos en un error?

Reunir no forzosamente unir. El actor es la esencia del teatro, puesto que podemos suplirlo todo: decoración, trajes, incluso texto, todo, menos a él.

Que cese entonces de ser esa máquina parlante, que recuerde que en nuestras aldeas las rondas unían antaño el canto y la danza, que sea escultor de su cuerpo, pintor de sus emociones, sacerdote de su sacrificio, que olvide el Hacer por el Ser.

Cuando esté a punto, como nuevo Zaratrusta, de partir por los aires danzando en un despojamiento total, se volverá entonces aquél que lo mira y del cual, como intérprete, traduce las aspiraciones y los movimientos internos.

Esta frontera que nos separa del público no se franqueará mientras en nuestra casa subsistan barreras y mientras se hable de diversas clases de teatro, cuando evidentemente todo nos impele a la unidad.